



PARA SALIR

HACE ALGO MÁS DE QUINCE AÑOS, EL SOCIÓLOGO FRANCÉS EDGAR MORIN ESCRIBÍA UN LIBRO CON EL TÍTULO QUE ENCABEZA ESTE ARTÍCULO. EN ESOS MOMENTOS AÚN HABÍA TIEMPO PARA ORGANIZAR LA SALIDA DEL SIGLO, Y DEL MILENIO, CON UN POCO DE ORDEN. HAN PASADO LOS AÑOS SIN QUE NADA SE HAYA PREVISTO Y, EN ESTOS MOMENTOS, LA DESBANDADA PARA ABANDONAR ESTE SIGLO CORRE EL RIESGO DE PARECERSE A LA DEL TITANIC.

JORGE FERNÁNDEZ GUERRA

Para todos los que acumulamos al menos tres décadas de memoria, es interesante recordar que el fin de este siglo se anunciaba por entonces como una apoteosis de la ficción científica. Los extraterrestres, por supuesto, habrían llegado ya, las enfermedades y otras molestias habrían sido dominadas, y todos vestiríamos con una especie de monos brillantes y ajustados. Es curioso recordar esas visiones porque ahora no se ve nada en el horizonte que permita imaginar cómo será el año 2.030, más allá de predecir que se acabarán ciertos pantanos, las pensiones estarán en peligro o que, quizás, el AVE llegue hasta Almería. Nada se había previsto en el orden musical en aquellas elucubraciones futuristas, pero lo que entonces se llamaba vanguardia tenía su papel asignado.

Hay que salir del siglo XX y dejar atrás todo un contenedor lleno de utopías. En el desorden de los escombros quedan proyectos, diferentes borradores de modernizaciones y bolsas de plástico repletas de sueños. Pero es la ocasión ideal para dejar también las anti-utopías, la resignación y las bobaliconas contrarrevoluciones. Quizás el lenguaje musical no haya admitido plenamente las violentas contracciones de los diferentes asaltos vanguardistas, pero si los estúpidos que predicán la adoración de lo viejo y gastado creen que esa ganga infame tiene posibilidades de volver a engatusar con su polvoriento maquillaje, que se echen a un lado. Es preciso llegar desnudos a un siglo que ya somos incapaces de imaginar.

Pues bien, hay que atravesar el umbral de un milenio y los españoles no podemos dejar de pensar que este siglo que se acaba se nos ha reducido a medio. Esta extraña catástrofe -en el sentido de la teoría de las catástrofes-, es decir, esa singularidad topográfica, ese pliegue del tiempo por el

cual nos faltan años por todas partes, se manifiesta ahora en curiosos agujeros que nos devuelven al pasado ¿Ejemplos? Uno de máxima significación: el Teatro Real, con el que Madrid cerrará el siglo, deja las cosas como estaban en su comienzo. Extraña tarea de Sísifo ésta que consiste en subir infinitamente la misma piedra del Teatro Real, o del Liceo de Barcelona. No se trata de cuestionar una restauración necesaria, sino de meditar que, en materia de equipamiento musical, estamos donde estábamos tras cuatro regímenes, una guerra y numerosas transformaciones administrativas. Cuando España soñaba un futuro posible, en el mediodía de la dictadura, la verdadera utopía consistía en suponer que el peso del pasado dejaría de influir. No es que haya que ponerse pesimistas ahora que todo parece fluir, sino de constatar que algo dificulta ese fluido, como si quisiéramos echar una carrera bajo el agua, y ese algo fuera una extraña sustancia formada por pasado sin resolver.

El cincuentenario de la muerte de Falla nos recuerda que el siglo se empezó con gran optimismo en España, al fin la zarzuela había dejado de ser el baremo de toda la actividad musical y era posible incorporarse al mundo "civilizado". Faltaban por todas partes instituciones musicales, pero se podía presumir el talento y se dio una cierta normalidad que permitió a varias generaciones encadenar experiencias. Hoy, con el fin de siglo en las narices, se podría repetir la misma canción: la normalidad ha producido que al menos cuatro generaciones de compositores se produzcan en nuestro país de manera activa, que los veteranos se encuentren insertos en los circuitos internacionales y los jóvenes puedan intercambiar contactos y enseñanzas con los países de nuestro entorno. Se podrían buscar más simetrías, pero lo dejo al gusto del lector.



DEL SIGLO XX

**"el gran
almacén en
que se ha
convertido el
Auditorio
Nacional
difumina por
completo
recitales,
música de
cámara y otros
géneros"**



Hacia una política musical

Si el final de siglo nos ha pillado algo justos en el capítulo de realizaciones musicales de largo alcance, aún se está a tiempo de preparar un programa decente para el próximo... pero a condición de que dejemos de dar crédito a la superstición que ve una frontera allí donde la cuenta de los años termina con dos ceros.

Al fin hay un borrador serio de descentralización, lo que se manifiesta en la proliferación de instituciones musicales, orquestas, centros de enseñanza y equipamientos de base (y digo de base con la conciencia de que los auditorios sinfónicos no son más que un mínimo). Las generaciones nuevas, que todo lo purifican, se impacientan ante anomalías y aberraciones que toneladas de desidia habían llegado a establecer como normales. Los jóvenes manejan armas formidables; por ejemplo, pueden irse al extranjero donde sienten que ser músico tiene un aprecio social auténtico, y luego vuelven sin mayores problemas afirmando que a ellos nada

ni nadie les va a arrebatar su país. Esta desinhibición para vivir su vocación sin problemas cuestiona el conformismo de gran parte de nuestros responsables administrativos. Pero, si estamos esperando que la simple presión de unos centenares de jóvenes, tras haber alcanzado meritoriamente la conciencia de su profesión, modifique los parámetros culturales de un país al que un simple concurso televisivo puede arrojar decenas de años hacia atrás, entonces nos faltarán siglos y mucha suerte para alcanzar esa tercera dimensión espiritual basada en el autoconocimiento que da la cultura y que permite evitar esa cobardía moral causante de tantos de nuestros males. En pocas palabras, y para ser modernos, hace falta la definición de una política musical.

La política musical es eso que todo el mundo sabe lo que es hasta que le llega la hora de aplicarla. Alberto Ruiz Gallardón, presidente de la Comunidad de Madrid, daba hace unos meses la mitad de lo que podría ser una excelente definición. Cito de memoria: "...todo aquello que la sociedad puede producir por sí misma, los poderes públicos no tienen



por qué financiarlo...". Lo que pasa es que esta media definición requiere de su complementaria para ser cierta, todo lo que la sociedad no produce de manera espontánea debería ser alentado por los poderes públicos. A condición, por supuesto, de que haya acuerdo en su necesidad. Y aquí llegamos al verdadero problema: ¿Cómo sabe la sociedad que necesita algo, música, por ejemplo? Después de todo, cualquier cosa es prescindible. ¿Para qué necesitamos la pintura, la poesía o, incluso, el lenguaje? Por supuesto que seríamos mucho más decepcionantes, pero seguiríamos viviendo. No estoy jugando a las reducciones al absurdo, todo hecho cultural es un acto de consenso y si no hay muchos que estemos de acuerdo en la necesidad de algo ese algo no se produce como hecho cultural, pero para que muchos estemos de acuerdo en algo hace falta o bien una larga tradición o bien alguna clase de imposición. La música clásica europea es una interesante combinación de ambas cosas.

En España renqueamos en nuestra tradición, los grupos que reclaman música como cultura no llegan aún a un nivel de potencia adecuado y la única imposición tolerable en nuestros días es la acción política; pero quienes deben aplicar esa acción política suelen formar parte del mismo problema que deberían resolver. ¿Cómo salir, entonces, del atolladero? De la misma manera que del siglo XX, con paciencia y determinación, sabiendo, eso sí, que la normalidad juega a nuestro favor. También con claridad de ideas, y entre ellas que una política musical es un asunto de todos y que a todos nos afecta.

Una política musical debe considerar la totalidad de los problemas que afectan a la música sin olvidar que cada aspecto puede precisar un tratamiento diferente. La educación musical, por ejemplo, exige un tratamiento público naturalmente; las iniciativas privadas pueden aportar valiosos aspectos cualitativos, pero, en principio, la educación musical es una urgencia absoluta: cada niño mal formado es una negligencia intolerable, y las migajas (un puñado de conciertos escolares, una excursión a un ensayo, una clase de historia de la música encomendada al adjunto de geografía, etc.) ya no lavan la mugrienta conciencia de quienes hacen del fatalismo una religión de estado.

Por otro lado, si pasamos de lo que es un derecho inalienable, como es la educación, a aspectos más específicos de la vida profesional, el tratamiento político exige mayor sutileza. Por ejemplo, la mayor parte de los productos que condicionan la vida del profesional o del buen aficionado se encuentran sometidos a una doble condición: cultural y comercial. Las tiendas que venden instrumentos de música, partituras o derivados, o los establecimientos dedicados al

disco, o los promotores de conciertos no tienen la vida fácil. Tampoco las revistas o las editoriales especializadas. Sin embargo, aquí la acción pública podría hacer mucho sin esas inversiones económicas que de pronto se han convertido en el chivo expiatorio preferido de todo ultraliberal de última hora.

En cuanto a la actividad concertística, ha llegado la hora de reclamar algo más de especificidad y sutileza; el gran almacén en que se ha convertido el Auditorio Nacional difumina por completo recitales, música de cámara y otros géneros. No es un simple problema de sala, comienza a hacerse notar la falta de ofertas musicales que alíen un buen equipo gestor a un espacio y un proyecto, lo que conduce a echar en falta ese potencial humano que comienza a hacerse notar pero aún no se ha convertido en imprescindible. Todo el problema de la música contemporánea, por ejemplo, se encuentra reducido a esos límites. ¿Cómo evitar que compita lo que, por fuerza, será una experiencia hasta que el paso de los años no la certifique, con músicas sobradamente destiladas con el paso de los años?

Soluciones las hay, incluso se pueden copiar, pero a condición de copiarlas bien y en su integridad. Si se prefiere seguir una vía propia, siempre queda la fórmula enunciada más arriba: estar dispuestos a reunir un equipo con un espacio y un proyecto.

De todo este puñado de ejemplos hay que extraer una idea principal: una política musical debe basarse en la necesaria complementariedad de todos los sectores que hacen posible la música, aun a sabiendas de que cada uno pide medidas diferentes. Si no es así, estaremos como hasta ahora, apagando fuegos con un sifón. Lo que hace difícil esta acción conjunta es que una verdadera política musical no es una simple aplicación de arriba abajo, precisa de la complicidad activa de la sociedad, o de la parte de sociedad que participa en ella. No se trata de que los políticos sean débiles por naturaleza, como quisieran creer aquellos que niegan el trocito de política que les corresponde (la polis somos todos), es que serán tan débiles como lo sea nuestra voz.

En realidad, el desafío del próximo siglo es que seamos capaces de articular una verdadera sociedad civil en la parcela que nos compete: la música. Para ello todo es válido, asociaciones, agrupaciones, clubes, revistas o, en el menor de los casos, frecuentación de actividades musicales que nos conviertan en participativos; a partir de ahí toda esperanza nos será permitida. Hay una forma suprema de participación cuando de música se habla, es algo complejo y simple a la vez, consiste en hacer música juntos. El que lo prueba no lo olvida nunca. Para los españoles que salimos de un siglo dolorido, éste podría ser el más bello objetivo ■

**el desafío del
próximo siglo es
que seamos
capaces de
articular una
verdadera
sociedad civil en
la parcela que
nos compete: la
música.**